

1. LA ÚLTIMA REUNIÓN DEL CONSEJO

— **G**racias a todos por acudir con tanta prontitud.

Mediagán había convocado a todos los miembros del Consejo a su pequeña fortaleza, situada en las Montañas Cenizas. Se les notificó mediante correo, pues el temor a que algún otro arcade interceptara el mensaje si lo hacía mediante sueños, más concretamente aquel por el que había citado el encuentro, no le dejó otra opción.

En el salón-biblioteca que tenía habilitado para estos asuntos ardía un pequeño fuego que emitía la única luz que alumbraba la habitación, suficiente para que entre ellos pudieran verse las caras al hablar. Estaban sentados en círculo, el método más acertado para no crear jerarquía entre los asistentes.

—Espero que sea importante, en tu carta no hacías referencia al motivo de nuestra llamada. He tenido que aplazar el viaje de novios que tenía previsto con mi nueva esposa —Ludios era famoso entre los arcades de alto rango por su galantería y su pasión por las mujeres. Era apuesto, y más aún teniendo en cuenta sus casi cuatrocientos años. Medido con la apariencia de los humanos aparentaba unos cincuenta, por

lo que se podía decir que conservaba una vejez muy bien llevada—. No es como mi anterior mujer, siempre irritándome y echándome todo en cara. Es preciosa, sus cabellos color de oro, sus labios de fresa, sus senos...

—Sí, sí, sí, ya entendemos todos que es muy hermosa —le cortó Nayara, la única mujer del Consejo—, pero no hemos venido hasta aquí para escuchar los sucios vicios de un viejo verde.

—Mi hermosa flor Nayarina —volvió a intervenir Ludios—, lo que ocurre es que sigues enojada conmigo por no haberte llevado al altar. Ya te expliqué muchas veces que lo nuestro fue solo una aventura, una simple...

—¡Oh, cállate! Y te he dicho mil veces que no me llames así —la mujer pudo controlar su tono de voz y sus gestos, pero el cambio de luz en la sala, a causa de un brusco movimiento en las llamas, dejó clara su cólera repentina.

—¡Ya basta! —habló Mediagán, mientras que desde su sillón avivó las llamas de la hoguera situada al otro lado de la habitación—. Un terrible asunto es el que ha hecho que hoy nos encontremos aquí. Esperaremos un momento a que Hugo nos traiga té para que afrontemos esto con la mayor tranquilidad posible.

Justo entonces, un anciano con una notable cojera, entró al salón-biblioteca, portando una bandeja con una tetera humeante y diez tazas. Uno a uno fue sirviendo a todos hasta que en su bandeja no quedó taza ninguna.

—Gracias Hugo, ya puedes retirarte, no necesitaré más tus servicios por hoy. Ahora sí podemos comenzar —se dirigió de nuevo a los allí reunidos—. Bien, como todos sabéis, el Consejo se creó al comienzo de la Segunda Época para controlar cualquier acto de violencia mágica. Por ello nosotros tenemos que cumplir con ese deber —dijo, dando un sorbo al té—. Y más en estos tiempos en que ya pocos quedamos. Algunos seguro que

ya habéis oído hablar de un joven arcade muy prometedor: Modris de Cángelus.

—Sí, yo mismo le di un par de consejos hace algún tiempo, tiene carácter y su poder es asombroso.

—En efecto Eric —continuó el anfitrión—, pero además de ese gran carácter tiene un odio inaudito a los humanos. Hace unos años el señor del Reino del Alagón le contrató como hechicero. Poco a poco se ha hecho más poderoso; demasiado, me temo. Escaló hasta ser el hechicero principal del Rey Jandro y hace tan solo dos semanas le asesinó. Ahora se proclama señor de todas sus tierras y ha enviado un ejército a la ciudad de Carbo. Según mis últimos informes, en la madrugada de ayer consiguió asediarla y ahora también ha obtenido el control de esta, pero no queda ahí el asunto. Está reclutando a cuanto arcade esté dispuesto a unirse a él. Quiere acabar con los humanos, él los sigue viendo como una raza inferior y no está dispuesto a que vivan en Mundo Nuevo, al menos no como iguales.

—Pues acabemos con él. Yo mismo me ocuparé del asunto si así lo deseáis.

Marroc, el miembro más joven del Consejo, era también el más atrevido y descuidado. No podía considerársele de la clase de gente que se paraba a sopesar las cosas antes de hacerlas, simplemente actuaba. Además era muy fuerte y corpulento, lo que en su adolescencia le llevó a estar continuamente metido en peleas. A causa de ello llevaba un desagradable recuerdo en el lado derecho de la cara. Pero todos sabían que, pese a ello, su inteligencia sobrepasaba a la de muchos, y que a la vez que fuera madurando, iría asentando ese carácter.

—Me temo que tú solo no serías capaz. Casi podría atreverme a asegurar que Modris es ahora más poderoso que cualquiera de nosotros. Si hacemos algo debemos hacerlo todos juntos. No olvidemos que con él habrá bastantes como nosotros, y que no será nada fácil detenerle.

El silencio se hizo en la sala, mientras las miradas de unos se paseaban sobre la de los otros. Al cabo de un rato cada cual había captado en los ojos de los demás la respuesta a la pregunta no formulada.

—Entonces —se levantó raudo de su sillón Mediagán—, no perdamos más tiempo, hay que prepararse cuanto antes. El viaje será largo. Maldita la hora en la que nuestros antecesores aceptaron prescindir del transporte alado a causa de ese absurdo temor de los humanos. Me encargaré de que tengamos caballos frescos en todas las ciudades de paso.

—Aun así no tardaremos menos de siete u ocho lunas, siendo muy optimistas. Quizás a nuestra llegada ya no se encuentre allí.

—He contado con ello, Zartoni, y si no me equivoco estará en Ciudad del Arroyo. El Reino de Jerte no puede ser conquistado sin tener el control de esta y Carbo. Es inteligente, no se demorará en celebraciones y vítores, no si ello conlleva que el resto de ciudades tengan tiempo de fortificarse para resistir el asedio.

—Quizás lleguemos en el transcurso de este. Sí, ahí será más vulnerable —Foso se puso su capa púrpura—. Bien, ¿cuándo partimos?

—Si os parece bien nos reuniremos en Borna, en la puerta este, al amanecer del tercer día desde ahora. Creo que la mayoría tenemos que pasar a recoger nuestras cosas y despedirnos de nuestras familias —Laucen era el único con hijos: un varón que rozaba ya la madurez y dos hermosas muchachas mellizas de catorce años—. ¿Estáis de acuerdo?

Todos lo estuvieron. Comprendían que era una misión complicada y que necesitaría tiempo para despedirse, consciente de lo que pudiera ocurrir. Además, más de uno tenía a otras personas queridas, y debían coger sus armas y armaduras.

Los primeros rayos de sol aparecieron a través de la puerta que permitía franquear la enorme muralla exterior que protegía a la ciudad de Borna. Los gallos ya hacía varios minutos que habían anunciado la llegada de un nuevo día. Un carro cargado con vasijas entró en la ciudad. Tras él, Marcus, el último miembro en ingresar en el Consejo. Vestía una armadura ligera, parecida a los uniformes de la guardia personal del señor de Cantos. Hacía ya algún tiempo que ejercía como su consejero y además, se había hecho con el cargo de jefe de la guardia real.

—Buenos días señores... y señora —hizo una reverencia sobre su caballo a Nayara—. Con el alba, como acordamos, listo para todo.

—Me alegro de que así sea, compañero —le tendió la mano Rivero, íntimo amigo suyo—. Necesitaré de quien me cubra las espaldas.

—Todos tendremos que cubrírselas a los demás —intervino Nayara, quien a pesar del aspecto de simple campesina que le otorgaban sus vestiduras, iba armada de arriba abajo y protegida con una cota de malla, forjada con el mejor de los aceros y algún que otro material precioso, que le daba una resistencia única—. Ahora solo nos queda que llegue Mediagán... ¿No os parece raro que no haya llegado todavía? Él ya estaba preparado para enfrentarse a Modris antes de que todos lo aceptáramos, incluso lo hubiese hecho él solo si el resto nos hubiésemos negado.

—Sí, es extraño, además nunca se retrasa —alegó Marcus—, es la persona más puntual que conozco.

Decidieron esperar un rato más. Largos se hicieron los minutos, en los cuales la preocupación iba en aumento. Todos imaginaron lo peor, pero ninguno sospechó jamás lo que aconteció.